

Uckrill, como la golondrina de la fábula, aprendió mucho en su viaje. ¿Qué? Era un hombre tan poco comunicativo que no se lo dijo á nadie.

No ignoramos, sin embargo, que había descubierto una nueva conspiración contra sir Japhet Holover de Over Peover.

Por otra parte se encontró con un enigma insoluble. Lo que le intrigaba grandemente era la jovencita que Sauton llevaba haciéndola pasar por hija suya : mentira evidente.

Si el lector quiere recordar, Uckrill se paseaba por el puente del Leicester cuando fué interrumpido en sus reflexiones por la aparición de un yate de recreo sobre el cual sir Franck paseaba á la marquesa, y que para desesperación del Sr. Celeste Dupoteau se llamaba : « El Lucifer » !

¿Qué había pasado en Londres durante su ausencia?

¿Era tan sólo una bravata del antiguo residente por los rumores maliciosos que acerca de él corrían?

O bien, como Uckrill lo había oído decir á Day-Lily, ¿estaba ya sir Franck encadenado por la marquesa, y era eso una señal de que Georgina había sorprendido su secreto?

Por un momento se lo preguntó Uckrill lleno de angustia.

## III

## GRAN EXHIBICIÓN

Londres es una gran ciudad. Esta verdad incontable nos da la seguridad de los axiomas siguientes : la industria aproxima las naciones; los viajes aéreos elevan el alma; la raza caballar degenera, y las mujeres jóvenes y bonitas forman la minoría.

Algunos detalles sobre la ciudad son necesarios, pues que sirve de teatro al drama cuya prólogo se conoce ya.

El barrio rico es el « West End », barrio del Oeste y se compone de « Leicester-Square », entre el « Strand » y « Regent-Street », « Hyde Park », « Saint-James Park », « Green Park », « Westminster », « Oxford Street », « Whitehal », « Picadilly » y « Trafalgar Square », este último trazado sobre el lugar que ocupaban « los jardines de Cremorne » en la época de nuestro relato.

El « Crystal-Palace » fué considerado en la época de la primera exposición como un prodigio metalúrgico.

Construido completamente de vidrio y acero según planos del arquitecto Joseph Paxton, su nave central de cuatrocientos noventa metros de largo, costaba « Hyde-Park » dando frente al viejo palacio de Kensington, y por detrás al lago llamado Serpentine-River.

En 1851, la entrada principal abría sobre « Upper-Grosvenor-Street », y el visitante se encontraba inmediatamente en presencia de una máquina curiosa, invento de un ingeniero francés, destinada á exhibir, sin riesgo, el diamante « Lucifer ». Era una vitrina blindada, de cristal inrompible, que cada tarde, á la hora de cerrar la exposición se hundía en un subterráneo y tres puertas de acero se cerraban tras ella.

Durante el día, la turba se amontonaba contra la doble balaustrada que la rodeaba, para ver, á través de los gruesos cristales, el diamante Lucifer colocado sobre un paño blanco, y que giraba merced á un mecanismo.

Aunque soberana del país más leal y más libre (!), Su G. M. Victoria no había descuidado ninguna precaución para la seguridad de un tal tesoro. Tres gentileshombres de su casa, encargados de abrir y cerrar las tres puertas del subterráneo, eran cambiados cada tres días, y despedidos con un grado honorífico...

Volvamos á nuestra historia.

El 1° de Mayo de 1851, desde por la mañana, una turba compacta llegaba de los alrededores de Londres y se amontonaba ante las verjas de Hyde Park. Hacia mediodía llegó Lord-Mayor, para abrir la exposición y después de llenar esta formalidad, invitó al público á

entrar, anunciando la visita de Su Majestad para después del mediodía.

Entre la turba, que se oprimía para asistir al desembarque de las cajas, se encontraban muchos de nuestros conocidos.

El aereonauta Batifol y Celeste Dupoteau con su mujer, estaban ahí. Desembarcados en la mañana, demasiado tarde para poder sacar ventaja de su calidad de exponentes, habían sido de los primeros á tomar lugar junto á las verjas de Hyde-Park.

Mistress Bridgeth y las siete misses Elphinstonne habían tenido tiempo de pasar una hora larga en « Old-Cock-Tavern » para resarcirse, en lo que cabe, de lo que ellas llamaban « largo ayuno ».

En tanto que los Sres. Dupoteau ponían en movimiento el torniquete — que funcionaba por primera vez, y donde caían los shellings con profusión — se suscitó una disputa entre el empleado y un viejo alto, armado con un bastón de puño de cobre.

— Perdón, decía este último, yonopago. Soy Jocoste Dawson, exponente... Jocoste Dawson, de Ave-Maria-Lane, inventor de la guillotina para puros, patentado, de S. A. el príncipe Alberto y de la « patent — Lionnette — Lucifer » de S. G. M. la Reina!

El empleado se inclinó delante de tales títulos tan pomposamente enumerados.

Pero Dupoteau que ya había franqueado la entrada, se detuvo, pálido, oyendo la frase del inventor inglés.

Un inmenso descorazonamiento empezaba á invadirle al pensar el daño considerable que iba á causar á

sus franelas el robo continuo del nombre que les había dado. En su justa indignación, volvió la cabeza para no saludar á Batifol, propietario del globo Lucifer. Su movimiento le hizo encontrarse con el caballero Blancanard que llegaba. Este, á lo menos, nada le había tomado.

Dupoteau juzgó que podía dirigir la palabra á su compatriota :

— Ah! querido señor, exclamó, bien me ha ido con no desempacar mis mercancías ; todas están en sus cajas, y yo hubiera sido el único. Sin embargo, me hubiera gustado enseñaros mis franelas por la forma ingeniosa que les he dado. Es precisamente la de una casulla de iglesia ; es lo que las distingue...

— Pardiez! interrumpió Blancanard, que no quería tener aires de hombre que se asombra fácilmente. Ya es conocida! En Mans tenemos mejores.

— No es posible! exclamó Dupoteau con voz apagada.

— Pardiez! siguió el caballero Blancanard. Vosotros Parisienses, creéis haber inventado todo, desde el Obelisco hasta el Arco del Triunfo... Nosotros, en Mans, tenemos de todo, sabedlo bien!

— Sin embargo, objetó tímidamente Dupoteau, las muestras de franela que existen, según vos, en el departamento de la Sarthe... ¿Afectan la forma de casullas?

— Las hay en forma de estola, de bonete, de clámide! respondió Blancanard, con aire suficiente.

Dupoteau respiró.

— No es lo mismo, pensaba Dupoteau en la inocencia de su alma.

Hablando así, caminaban á lo largo del Parque bordeado á derecha é izquierda por construcciones exóticas. Tras ellos, Cesarina, cogida á uno de los faldones de la levita de su marido, se asombraba ante esta exposición de razas de color.

— ¿Sería indiscreto preguntaros, querido señor y compatriota, insinuó Dupoteau, si vuestra visita á la Exposición tiene algo que ver con las franelas?

De Blancanard, vejado, se detuvo, mirando hosca-mente al comerciante.

En ese momento, ocho sombras, que pertenecían á las siete Elphinstonne y su institutriz, se proyectaron en la arena. Automáticamente se detuvieron al oír la respuesta del caballero.

— ¡Pardiez! juró éste entre dientes ¿Tengo aires de calicot?

— Oh! no! dijo inmediatamente Dupoteau.

— Seguramente no, apoyó fieramente el caballero. Os podéis quedar con vuestras franelas, galonearlas, decorarlas si gustáis : Yo, señor, soy propietario, y sólo me ocupo de altos negocios.

Las siete Elphinstonne tuvieron siete miradas de complacencia para el caballero mansense, y aun, al ponerse en marcha, volvieron la cabeza varias veces.

Dupoteau se escapó ; pero al cabo de un instante se volvieron á encontrar.

A Blancanard poco le importaba lo que concernía á su compañero, pero tenía un deseo infinito de contar

al Parisiense sus asuntos. Además, él tenía una muy buena opinión de sí mismo. Viendo á las siete misses y á su institutriz fijarse así en su persona, resolvió anadarlas con la sutileza de su espíritu, como sin duda lo estaban ya por su físico.

Tomando un aire misterioso, pero hablando, sin embargo, en voz bastante alta para ser escuchado por ellas, preguntó á Dupoteau.

— ¿Habéis oído hablar de un hotel inmenso y magnífico, que acaba de abrirse en Pall Mall, y que se espera produzca trescientos por ciento á los accionistas?

— Estoy en el « Universo », respondió éste. ¿Es ése?

De Blancanard dirigió una mirada de conmiseración á su interlocutor.

— Oh! estos Parisienses! dijo alzando las espaldas.

— Y bien! preguntó el fabricante de franelas casullas, ¿cuál es el nombre de ese hotel?

— Es un nombre despampanante. Un nombre maravilloso como la idea que presidió á su fundación. Se llama el Hotel « Lucifer ».

A esta última herida, Celeste Dupoteau lanzó un gemido, cogiéndose la cabeza con las manos. La locura de la persecución comenzaba á apoderarse de él.

Satisfecho del resultado de sus palabras, Blancanard, tomó actitud de orador.

— El Hotel-Lucifer, continuó, es una obra única en el mundo como la joya cuyo nombre lleva. No puedo explicaros en detalle su prodigioso mecanismo. Básteos saber que puede contener trescientos matrimonios de

buen tono, con lacayos, grooms, criados é intendentes, y el servicio se hace de día como de noche por dos jóvenes menores de quince años. He dicho « dos » ¿me comprendéis? sólo dos que no cuestan más de un florín por semana.

Dupoteau tomó el aire incrédulo y burlón de todo director de tienda parisiense á quien se le habla de una cosa que no conoce.

— Diab!o! murmuró, es muy curioso eso.

— La mecánica, señor, la mecánica! exclamó Blancanard. Estos ingleses son increíbles por las ideas... He venido á Londres especialmente para verlo funcionar... y ¿quién sabe? acaso me venga el pensamiento más tarde de instalar uno parecido en Mans, cerca del café cantante « la Petite-Pologne » de donde soy un poco accionista... por las actrices.

Después de esta broma de gusto dudoso, tuvo una sonrisa de Don Juan, que cayó de lleno en el grupo de ocho inglesas que se habían detenido, con la boca abierta, á la palabra « Pologne ».

A lo lejos, en dirección de la puerta de entrada, un sonido de cornetas se escuchó.

— La reina! la reina que llega, exclamó la Sra. Dupoteau tirando nerviosamente de su marido. Aprisa, Celeste. Vamos.

Celeste hizo intento de seguirla, pero Blancanard poniéndole la mano en la espalda, le detuvo.

El Caballero se había dado cuenta de la emoción de las Elphinstone, é infatuado las mostraba á su compañero.

— Mirad, dijo, no son tan malas estas diáfanos criaturas, si se las toma separadamente.

— Celeste, exclamó Cesarina, el señor es soltero y libre de sus actos; pero tú, te prohibo mirar.

Blancanard no dudaba que hablaban de él las inglesas.

Estas, en efecto, no habían entendido sino la palabra Polonia, y la misma idea les había asaltado: creían encontrarse delante de uno de los libertadores del reino polonés, tan buscado; y le clavaban siete miradas inflamadas.

Cuando sus padres murieron, las dejaron al cuidado de mistress Bridgeth, encargada de perfeccionar su instrucción bajo la vigilancia de sir Japhet Holover de Over Peover, baronet millonario, primo y tutor legal de ellas.

Sir Japhet que tenía caballos que cuidar no quiso embarazarse con esta escala de primas y les aconsejó viajar.

Desde ese día, las siete misses habían recorrido la Europa, sin tregua ni reposo, en busca de siete bayardos, siete nababs ó siete héroes cualesquiera; para que los lazos del matrimonio detuviesen su carrera desenfrenada.

Se parecían asombrosamente en lo moral como en lo físico, teniendo igual apetito, y practicando con el mismo ardor la caza de los siete maridos inencontrables.

¡Y los años pasaban!

Apolonia, la mayor tenía veintiocho y Alba, la

menor, veía huir su vigésima primera primavera. Las otras, Arabela, América, Austria, Africa y Arcadia se escalonaban entre esas edades.

La apostura de Blancanard y lo que habían percibido de su conversación lo indicaban como la realización del objeto ideal de sus suspiros.

Y, ¡oh felicidad! el caballero parecía obedecer á esta predestinación, porque, respondiendo con una sonrisa á sus siete sonrisas, hizo un movimiento para aproximarse á ellas.

Pero el primer paso, lo dió sobre el pie plano de una señorita de Cornhill, la que lo empujó tratándolo de « stupid ».

— « ¡Beware of pickpockets, gentleman! » murmuró al mismo tiempo una voz á su oído.

Como ya había visto esta frase, Blancanard intentó sacar su diccionario para buscar la traducción.

¡Oh estupor!

Su mano encontró la mano de la señorita en su bolsillo, y antes que volviese de su emoción ésta se había perdido en la turba.

— Yo le dije: « Cuidado con los rateros », dijo la misma voz.

El caballero se volvió.

— Pardiez! exclamó indignado, os habéis tomado tiempo para traducir vuestro « patuá ». Sin duda sois cómplice de esa ladrona que acaba de sustraerme mi portamoneda.

Hablando así y alzándose sobre las puntas de los pies, cogió por el cuello al viejo de la guillotina para

puros, cuyo tardío consejo fué insuficiente para salvar su bolsa.

Hizo esto, ¡es verdad! pero solo un segundo conservó su actitud provocativa, porque la cara del inglés tomó tal expresión de furor, que, á pesar de su valentía nativa, Blancanard juzgó sería prudente soltarlo.

— ¡Cuernos de Infierno! gruñó el viejo, cuyos ojos lanzaban llamas, habéis mentido, ¡tripas de Satán!

Pareció dudar un momento, después siguió, más bajo, hablando consigo mismo:

— He ahí dos pences para el reverendo Barlow de White Friars. ¡Truenos del cielo! es decir, tres pences, que Satán me... ¡Piel de Anguila! Piel de Anguila!

— Decía que estabais en un error, caballero, siguió en voz alta.

Comenzaban á formarse grupos alrededor de los dos interlocutores, y los pies del capitán Dady O' Crab — que nuestros lectores habrán sin duda reconocido ya — atraían la atención de las damas.

En ese momento se hizo un largo rumor producido por una sola palabra repetida por todas las bocas.

— ¡La Reina! ¡La Reina!

El landó de Su Majestad llegaba escoltado por su guardia á caballo. De repente, dominando el ruido de los vivas, un silbido agudo se dejó oír.

Dady O' Crab se bajó y empezó á abrirse camino entre la multitud, sin inquietarse por las injurias y maldiciones que caían tras él.

El silbido era una señal.

## IV

## UN ALERTA DE NOCHE

Desde el primer día de la apertura de la exposición, el Hotel Lucifer estaba lleno de visitantes. Entre sus muchas ventajas aducidas por Blancanard, al hablar de mecánica, se contaba la supresión de criados, y, por añadidura, de propinas.

El caballero mansense se había convertido en anunciador del Hotel, y gracias á él, no sólo las siete Elphinstonne y su institutriz que estaban ya en buenas relaciones con él, sino también los esposos Dupoteau y gran número de pasajeros del Leicester habían instalado ahí sus penates.

En cuanto le vió llegar con tantos clientes, Will, uno de los grooms negros, sintió gran consideración por él.

Y cuando el caballero, después de haber arreglado á todo el mundo, hubo presentado sus respetos á las siete misses, el negrillo le preguntó haciendo una reverencia:

— ¿Tendría milord alguna repugnancia por un cuarto María Estuardo?

— Ninguna, respondió el caballero, si no está muy alto.

— No hay escaleras en el hotel, milord; los ascensores conducen á cada cuarto.

Diciendo esto, Will se apoyó en una palanca.

— Ascensor número cuatro! gritó, el equipaje en seguida milord!... ¡Ah! olvidaba advertir á milord que su lecho es un « Lucifer-bed » última invención.. Si no conviene se puede cambiar.

— No es necesario, respondió Blancanard, desapareciendo en la jaula del ascensor.

Caminando á lo largo de los corredores, siempre sentado en el asiento del ascensor, del cual una parte se había desprendido para formar un vagón que rodaba sobre ruedas de hule, Blancanard no podía menos que admirar el arreglo curioso de este sistema.

De repente el vehículo se detuvo, y el caballero se vió obligado á salir de él, tanto fué lo que se inclinó á un lado, en frente de una puerta abierta, que era la de su cuarto.

En cuanto entró, un trozo de la pared se abrió, y su maleta apareció.

— ¡ Truenos! juró Blancanard, no hay nadie como los ingleses para tener ideas parecidas.

Después de haber comido, servido de la misma manera que su maleta, encendió un puro.

Evidentemente, un pensamiento rosa acababa de atravesar su espíritu, porque sus ojos brillaban de satisfacción.

— ¡ Ah! Sr. de Blancanard, se decía á sí mismo, decididamente sois un seductor irresistible. Siete golpes de una vez, y eso que mi modestia no cuenta á la institutriz. El hecho es que hay una que no me desagrada del todo.

— Mi primer nombre, comienza con A, me ha dicho.

« ¿ Será Apolonia ó Arturina? Aquí tengo sus tarjetas. Todas, una después de otra, me han deslizado la suya en secreto. Veamos cuál es la que comienza por A.

Cogió su cartera y sacó siete tarjetas de iguales dimensiones.

— Aquí está, dijo viendo la primera.

Pero como viese la segunda, frunció las cejas.

A la tercera sus ojos relampaguearon.

Tuvo como un desvanecimiento á la cuarta.

Cuando llegó á la última tenía el aire de un hombre abatido por un descubrimiento incomprensible.

¡ Y había de qué!

Las siete tarjetas tenían la misma inscripción:

MISS A. ELPHINSTONE,

*de Grosvenor-Square.*

— Nobleza de contrabando, pudo articular por fin el caballero. Square es palabra francesa, ya la he oído en Mans.

Por unos minutos aún trató de descifrar el problema de la multiplicación de las A, pero no pudiendo hacerlo, se acercó al lecho Lucifer.

No tenía nada de extraordinario, si no es que era de

metal niquelado, y bastante grande para contener á dos personas.

Examinándolo de más cerca, vió un anillo de bronce en la cabecera y cerca de él un semicírculo con doce pipotes.

— Será para llamar, pensó, y con objeto de instruirse tiró del anillo. No oyó nada.

— Acaso sea necesario colocarlo en uno de esos pipotes, siguió pensando.

Intentó la prueba sobre todos los pipotes, sin ningún resultado.

— ¡Pardiez! exclamó impaciente. ¡ En Mans tenemos cosas mejores que esto! Después de todo el negrillo ha de tener mucho que hacer y yo no lo necesito. Mañana me haré explicar el mecanismo. Mientras tanto, ¡ durmamos!

« Será preciso también que me informe si estoy lejos de Poultry, donde vive ese Sr. Adrián Zephir, para quien tengo una carta de recomendación... No quiero faltar á su casa mañana, porque parece que tiene una sobrina encantadora.

Se acostó, apagó la luz, y no tardó en ver en sueños, á las actrices del café la « Petite-Pologne » peleándose con las siete misses Elphinstone, disputando su posesión.

Por tercera vez recomenzaba este sueño agradable, roncando como tubo de órgano, cuando repentinamente fué despertado por el ruido de una campanilla que parecía salir de su sueño.

Se aseguró, primeramente, que su revólver estaba

sobre la mesa de noche, al alcance de la mano. Después, vuelto de su primer estupor:

— ¡Pardiez! se dijo, es un lecho con música lo que me han dado. Creo que las franelas de DupotEAU no tienen esta distracción! Ya sé para qué sirve el anillo y los pipotes, y con seguridad descompuse el sistema.

Tranquilo ya, se recostó y siguió su sueño interrumpido.

Pero su reposo no fué de larga duración. Hacía apenas diez minutos que roncaba, cuando se dejó oír un repiqueteo más fuerte que el anterior. El caballero tuvo un movimiento de mal humor.

— A esto llaman un lecho « dernière innovation », pensaba revolviéndose. Son estúpidos estos Ingleses! ¡Lucifer Bed! Prefiero las franelas del Parisiense, que por lo menos son inofensivas.

Habiéndose restablecido el silencio, Blanquard intentó una vez más dormir.

Pero, bien pronto, una sensación de frío le hizo estirar los brazos para detener las mantas. Los cobertores y las sábanas huían en efecto. A la dudosa claridad de la luna, cuyos rayos llegaban hasta él, vió una cosa extraordinaria: Las mantas de la cama, por más que hacía por detenerlas, se enrollaban á los pies de la cama. Asustado, tanto como sorprendido, el caballero se sentó preguntándose quién sería el autor de esta broma insípida. Pero no vió nada, por más que abrió los ojos.

Pero sí oyó, repentinamente, un chasquido tras él, y



su almohada, como embrujada, se agitó, saltó, y comenzó á golpearle furiosamente el dorso.

Esta última agresión llevó á su colmo el asombro de Blancanard; pero no había llegado al fin.

Se sentía arrojado, por una fuerza invencible, fuera del lecho.

Atónito, temiendo un temblor de tierra, se cogió de la cama.

Fué una lucha homérica!

Por último, al cabo de sus fuerzas, se dejó ir, los brazos extendidos, para evitar el choque de una caída inevitable.

Con este movimiento instintivo cogió la mesa de noche, y ésta fué á dar junto con él en medio del cuarto escuchándose ruidos de cristales rotos, pero dominando, sobre todos, el de una detonación.

El revólver de Blancanard se descargó.

Pero en su terror, él no se daba cuenta de nada. Esto era demasiado para un solo caballero. Jamás en su vida le había pasado una aventura parecida. Perdió la cabeza, y ya iba á gritar: ¡ Al asesino! ¡ Socorro! cuando volviendo los ojos á la puerta, vió un espectáculo que ahogó la voz en su garganta.

La puerta se había abierto dulcemente y un cuerpo sin cabeza entraba en el aposento.

A esta fantástica aparición, Blancanard, aterrorizado por tantas emociones sucesivas y excesivas, se desmayó.

Will, porque el cuerpo sin cabeza no era otro que el negrillo, de quien, en la oscuridad sólo se veía el ves-

tido blanco, acudió al ruido; estaba consternado ante este cuerpo inanimado, é inclinándose á él, le dijo:

— ¿ Por qué os mataís, milord? Eso no está bien.

Al mismo tiempo, de todas partes del hotel, los viajeros asustados por la detonación, acudían.

Las jaulas de los ascensores funcionaban incesantemente y se veían llegar hombres más ó menos vestidos, y mujeres que no lo estaban mucho más.

— ¿ Qué hay? se preguntaban unos á los otros.

Will contestó:

— Milord que quería matarse.

— Un suicidio, exclamó Dupoteau, aproximándose con su bujía en la mano. ¡ Es el Sr. de Blancanard! Pero no veo ninguna herida.

Las misses Elphinstone habían sido de las primeras en salir de su cuarto. Estaban ahí en primer lugar. Al oír las palabras, suicidio y Blancanard, lanzaron siete suspiros trágicos.

El caballero volvía en sí. Sorprendido de verse acostado en el suelo, rodeado por tanta gente, murmuró:

— ¿ Qué hay? ¿ Qué es ello?

Después, golpeándose la frente.

— ¡ Ah! sí, ya me acuerdo! ¿ Han detenido al asesino?

— ¿ El asesino? preguntaron todos.

— Sí, el que tiró sobre mí!...

— Pero ¿ no habéis sido vos el que intentó suicidarse?

— ¿ Yo?... ¡ Vamos pues! Suicidarme!... ¡ Vaya,

una idea! Pero decidme: el hombre sin cabeza ¿ dónde está?

Se creyó que Blancanard estaba loco.

— ¿ Habré soñado? concluyó el caballero, viendo el asombro general.

— Pero nó, siguió; No he soñado! ¿ Y el temblor de tierra? ¿ Terminó ya?

— ¿ El temblor de tierra?... se preguntaban á la redonda.

De repente Will, viendo el lecho del caballero, soltó una carrajada.

— ¡ Ah! ¡ Ah! ¡ Ah! ¡ Ya comprendo! exclamó.

— ¿ Qué comprendes, joven chocolate, para reir así? dijo Blancanard, vejado por el intempestivo buen humor.

— Comprendo que milord ha sido despertado por su lecho.

— Es exacto, tuvo que confesar el caballero.

— ¡ La « Lucifer-bed »! añadió el groom. Yo lo vine á milord.

— Es falso, no me habéis prevenido de nada.

Dupoteau se sobresaltó al oír de nuevo el nombre que ya sentía haber puesto á sus franelas.

— Yo creía al corriente á milord.

— ¡ Al corriente! Aún no lo estoy.

— Es bien sencillo, sin embargo. Aquí no hay personas que pierdan el tiempo. Como todo el mundo quiere levantarse á buena hora, y como la casa, montada mecánicamente, no tiene personal para despertar á sus numerosos huéspedes, los lechos son despertadores.

— Pero es idiota é inmoral esa invención.

— No, milord, es cómoda.

Todos los ingleses aprobaron la respuesta.

— Admitamos que sea cómoda en la mañana, concedió el caballero. Pero en plena noche.

— Sin duda milord ha movido el botón de bronce, poniéndolo en el pipote de las horas.

— ¡ Ah, esos pipotes marcan las horas á que quiere la persona ser despertada! ¡ Pardiez! Si me hubieseis dicho eso ayer, no hubiera molestado á todas estas damas y caballeros, á quienes suplico me perdonen el traje ligero con que los recibo.

Así terminó una escena que á los comienzos parecía tomar caracteres de drama.

Algunos minutos después el Hotel-Lucifer había recobrado su calma y todo el mundo dormía.